

sión de romanticismo, aunque la perversión no repugna tanto, porque descubrimos menos la persona á quien ofende, compadeciéndola también y tratando de mitigar así la ofensa. Pero de esta lástima que inspira Jarifa al poeta, bien se puede decir aquello de Cervantes: *y sobre todo Dios te libre de que nadie te tenga lástima*. Figurémonos á una daira galante, tierna, apasionada y fácil, la cual hace muy regalados favores á su buen amigo. ¿Cómo aplaudir que éste, por mucho que la compadezca, la apellide necia porque no le procura insólitos y muy subidos deleites, la acuse de haber tenido mil amantes, le diga que sus besos son de hielo y no pocas otras lindezas por el estilo? Muy enamorada hubo de estar la dama ó muy buena pasta hubo de tener y sin duda tuvo, cuando sufrió tanta insolencia y no mandó al poeta á paseo.

La parte metafísica de la composición á Jarifa casi es absurda. Dios no se enoja porque le busquemos con la razón que nos ha dado y porque anhelemos conocerle: pero es harto extraño método de alcanzar este conocimiento y de formar una teodicea el andar en citas amorosas, orgías y otras poco edificantes diversiones.

Ahora me atrevo á añadir ó á repetir, en contra de todo lo anteriormente expuesto, que Espronceda pudo ser y casi es un *gran poeta* en toda la enfática significación de la frase. Hasta las contradicciones y los delirios, que hemos censurado, le valen para su fama cuando se le considera como brillante representación y personifi-

cación del caos de ideas, de sentimientos y de pasiones, que perturbaron y embriagaron más que nunca, las almas juveniles en aquella época, así en España, como en las otras naciones europeas.

Don Miguel de los Santos Alvarez cariñoso amigo y compañero de Espronceda, nació en Valladolid el día 5 de Julio de 1817.

Las alegres y libres correrías de su primera mocedad, no hubieron de prestarse á que él adquiriese una instrucción muy esmerada sobre cosa alguna; pero su clara inteligencia, su afición á los libros y su vaga y constante lectura y la perspicacia y la rapidez con que lo percibía todo, lo cogía al vuelo en la conversación y trato de las gentes y no sólo lo custodiaba en la memoria sino que también lo transformaba con la imaginación, hicieron de él un hombre en extremo culto, mas original que erudito y de gusto literario muy acendrado.

Lo poco que ha escrito y le ha conquistado fama pertenece todo á su primera mocedad. Después, por espacio lo menos de cincuenta años que aún duró su vida, Alvarez apenas escribió nada espontáneamente. Si algo escribió excitado y hostigado por motivos extraños y poco poéticos, harto se notan en ello la violencia y la falta de esmero conque está escrito.

No fué, sin embargo, la desidia ni el agotamiento la causa de tamaña esterilidad. Fueron á mi ver el empalago y la hartura que puso en su espíritu la poesía, así como el terror que hubo de infundirle la fecundidad ajena.

Contribuyeron también á la inacción mental de Alvarez, su criterio hartó descontentadizo de las propias obras, su afán de hallar lo nuevo y lo raro, afán que hace caer á menudo en lo paradójal y extravagante, y el anhelo de perfección, unido á la creencia de que la perfección no se obtiene por persistente cuidado, sino que acude por inspiración súbita en momentos dichosos. Esperando siempre estos dichosos momentos, Alvarez se pasó la vida y produjo muy poco al principio de ella y esto poco sin previa consideración y sin tranquilo estudio. Aún así y en medio del desorden y de la falta de plan, hay en lo que nos queda de Alvarez, tanto en verso como en prosa, admirables fragmentos donde en mi sentir, se revela y queda para siempre estampada la apacible hermosura de un alma contemplativa y amorosa.

El P. Blanco García, lejos del mundo y desde el rincón de su celda, á pesar de su claro entendimiento, comprendió mal á Alvarez y le calificó de blasfemo y de impio. No le tengo yo por tal ni por pesimista siquiera, y he de procurar defenderle aquí, aunque alguien desestime mis razones por sobrado alambicadas y sutiles.

Sin duda, lo que más campo ofrece á esta controversia, es también lo más generalmente cele-

brado, repetido y aprendido de memoria de cuanto Álvarez escribió: las octavas del poema *Maria* donde se dan tan irónicas y chistosas alabanzas al universo visible, á cuantas son las criaturas que en él hay y á los deleites y felicidad de que gozan.

En la Introducción de esta obra dije ya mucho sobre todo ello, pero aún tengo que añadir bastante. Quiero valerme de una comparación para que se perciba con claridad mi pensamiento.

Figurémonos á un niño cándido é inocente que respeta y ama á su padre, por quien está muy mimado. Con malicia infantil y sin pizca de hiel, imaginando picar un poco el amor propio de su padre, aunque predispuesto á pedirle perdón si se enoja, desdeña los juguetes que su padre le trae para su recreo, y dice que no gusta de los bizcochos y confites que le regala. Figurémonos además que el niño, instintivamente, lleva otra mira con sus desdenes: la mira de hacer creer que prefiere á todo lo material, á los mencionados bizcochos y confites, lo sobrenatural y lo místico que ya empieza á aprender en su compendioso catecismo, aunque todavía no lee en él de corrido, sino que sólo le deletrea.

Muy semejantes á lo que dice el niño son los chistes y las burlas que dirige Álvarez contra las admirables obras de Dios y contra el fin y propósito con que, en su concepto, hubieron de ser creadas. Por blasfemia abominable tienen el Padre Blanco García y otros críticos severos tales chistes y burlas. Yo, sin embargo, considerán-

dolo más reposadamente, hallo mucho parecido entre lo que expresan no pocos libros ascéticos y místicos sobre el menosprecio del mundo y lo que Álvarez expresa con graciosa ironía en sus celebradas á par que condenadas octavas. Para nosotros los hombres, la Naturaleza se perturbó y vició después de la primera culpa. El mundo es mirado como uno de los tres enemigos del alma. Lícito y hasta plausible es, pues, cuanto se diga en vilipendio suyo. Y, por otra parte, las irónicas alabanzas de Álvarez no implican en realidad gran vilipendio. Más bien presuponen que el poeta halla mezquinos é insuficientes todos los goces y deleites que el mundo ofrece, pobres para nuestro amor y nuestra admiración, el espectáculo y el logro de su pompa y de su hermosura, y ruín é inadecuada toda su riqueza para estimular nuestra codicia y aquietar con su posesión el infinito anhelo del alma.

Á mi ver, no es otro el sentido de los versos de Álvarez que el que yo pretendo desentrañar é interpretar aquí. Y si no es otro el sentido, y si prescindimos de algunas atrevidas frases que parecen irrespetuosas y de las que se vale Álvarez por inexperiencia de muchacho y por audacias y vicios de lenguaje, propios de la gente moza y sobrado suelta con quien él, cuando muchacho vivía, todo puede perdonársele y hasta puede aplaudirsele por los más piadosos y timoratos varones.

El optimismo y la indulgencia de Álvarez, salvo en los momentos pasajeros de sus místicas

aspiraciones, son, sin duda, los principales rasgos de su carácter como poeta, como escritor y como hombre. Inclinado se sentía siempre á disculpar, á perdonar y á hacer gracia. Cuando fué Consejero de Estado, si se hubiera dejado llevar de su compasión y de su benevolencia, y si todo hubiese dependido de su consejo, hubiera sido indultado todo reo que solicitase indulto y convertido en Conde ó en Marqués todo labrador, mercader ó fabricante que lo pretendiese.

Realmente apegas había cosa que pareciese mal á Álvarez, cuando se quedaba en este mundo sub-lunar y no se remontaba á las regiones etéreas.

No sólo desconocía la envidia, sino también las causas que la producen, ya que la envidia es el pesar del bien ajeno, y para Álvarez ningún bien era ajeno, sino propio. Las mujeres elegantes y ricas se adornaban con hermosas telas y refulgentes joyas para que él se complaciese mirándolas. No había fiesta ni baile, donde Álvarez no permaneciese hasta lo último, sin más aliciente que la contemplación. Era en extremo sobrio y poco delicado de paladar; lo mismo le importaban las *cándidas patatas* ó un potaje de populares garbanzos, que el más succulento *foie-gras*, el *Chaufroid d'Ortolans* ó que un *Chateaubriant* con trufas, y más gustaba de un vaso de agua fresca, que de los más aromáticos y generosos vinos del Rhin y de Burdeos. Y Álvarez, sin embargo, asistía contentísimo á los festines, encantado del lujo, del brillo y de los placeres que los otros convidados disfrutaban y hasta de

la satisfacción de amor propio que el anfitrión alcanzaba por su esplendor y magnificencia. Cuando Álvarez vivía en un modestísimo y pobre piso tercero de la calle de Bailén, aseguraba con la mayor buena fe, que el soberbio palacio de nuestros reyes, que desde su balcón veía, y los carruajes de lujo y todo el aparato suntuoso de la Corte, eran más para él, que sosegadamente los contemplaba como representación ó drama de mucho coste, que para los príncipes, los cortesanos y demás séquito, que venían á ser los comediantes y la comparsa de aquel lujoso y divertido teatro.

Desprovisto de ambición y de codicia, no fué, ni tal vez pretendió nunca, ser persona de fuste en las regiones oficiales. Á pesar de los muchos amigos y valedores que tuvo, jamás le eligieron académico ni diputado. Y si desempeñó algunos públicos empleos, fué sólo para ganarse la vida ó para que no le acusasen de estar siempre ocioso. Así estuvo Álvarez en Rio de Janeiro como Secretario de la Legación de España; más tarde en Méjico como nuestro Ministro; fué en Madrid, durante algún tiempo, Subsecretario en el Ministerio de Estado, y después Consejero, según ya dijimos.

Jubilado, por último, y muy estimado y querido en la buena sociedad de Madrid, que frecuentaba siempre, y donde era muy gustada su amena é ingeniosa conversación, murió en esta corte á los 75 años de edad, el día 15 de Noviembre de 1892.

Desde el año de 1840, en que conocí á Álvarez, cuando estuvo en Carratraca en compañía de Espronceda, me unieron á él firmes lazos de amistad entrañable. Su hermana Valentina, casada luego con D. Ángel María Dacarrete, fué íntima y constante amiga de mis hermanas, lo cual contribuyó á que fuesen mis relaciones con Álvarez más amistosas y estrechas. Así se explicaría que me detuviese yo tanto en tratar de él aquí, aunque no hubiese para ello otro singular motivo: la originalidad delicada y fina, de su ingenio y de su carácter.

Yo tuve siempre á Álvarez por un extraño anacoreta que andaba de tertulia en tertulia, como los antiguos padres del yermo por los andurriales de la Tebaida y que lejos de ser pesimista en el fondo transformaba en deleite estético la más honda melancolía y el más intenso dolor por obra y gracia del barniz poético que les prestaba y por su beatífica conformidad con la voluntad del cielo. Estúdiense bien los siguientes versos y pronto se notará que en el dolor de que en ellos se habla se oculta un placer refinado: algo como suave aroma de bálsamo anodino:

¡Qué triste compañero,
Pero qué fiel es el dolor! No deja
Solo, jamás al triste que acompaña;
De su aurora solicito lucero,
Estrella de su noche que la baña
Con luz que hasta en sus sueños se refleja.

En las dos primeras composiciones de Álvarez que insertamos en esta obra, se advierten más

aún la ternura de alma de nuestro poeta y la paz y la confianza que nacen de dicha ternura.

Los frecuentes chistes de Alvarez, ora hablados ora escritos, y reídos y celebrados siempre, jamás contenían un átomo de amargura. Nada más sabido de memoria que sus cinco fábulas en caricatura. Procurando imitarlas han compuesto después, varios poetas otras fábulas que pretendían ser por el mismo estilo, pero que carecen de la pulcritud y de la inocencia de las de Alvarez y que rara vez hacen reír á pesar de su obscenidad desvergonzada.

De lo que Alvarez escribió en prosa, algo hay también que merece aplauso y larga vida por la sencillez y candoroso desenfado con que está escrito.

Sobre todo ello descuella la novelita titulada *La protección de un sastré*, cuya moraleja final es una humorada que no puede ni debe tomarse por lo serio en su más literal sentido, calificándola hasta de blasfemia, como la califica el Padre Blanco García. «Un sastre, dice, dió la felicidad á Rafael. ¡Tal será la felicidad, cuando la puede dar un sastré! ¡Pobre género humano! Eso que llamas felicidad es una cosa que puede deberse á cualquiera; pero la verdadera felicidad, sólo se debe á Dios, que es el que dispone de los sentimientos de los hombres: cuando Él quiere que uno sea feliz, le hace tonto y se concluyó».

Claro está que esto no pasa de ser una broma. Aunque Alvarez dice *verdadera felicidad*, no habla aquí de felicidad verdadera. Por tonto que

supongamos á un hombre, jamás desconocerá su miseria, ni será insensible á las penas físicas y morales que le aflijan. Esto cabe en la más embotada sensibilidad y en la más ruin inteligencia. Lo que no cabe, á no ser por milagros del amor divino y sólo en almas escogidas y grandes, es la percepción y el puro conocimiento de la infinita bondad y de la soberana hermosura, en quien sólo reside la suprema bienaventuranza.

Don Antonio Ros de Olano,
Marqués de Guald-el-Jelú, merece, como poeta lirico muy altas alabanzas. Con leer los versos suyos que insertamos en esta obra, toda persona de gusto se moverá á celebrarle, á simpatizar con él y hasta á admirar su elegante originalidad y su sincero y hondo sentir y entender del mundo, de Dios y del hombre, sin que nosotros se lo recomendamos.

De la vida de tan notable poeta, sólo en cifra cabe aquí decir algo.

Nació en Caracas en 1808 y murió en Madrid el 23 de Julio de 1886. Hijo de un militar catalán, que tuvo en Venezuela muy importantes empleos, Ros de Olano volvió á España á la edad de cinco años, y se acabó de criar en la casa solariega de su padre, situada en la provincia de Gerona.

Como su padre, siguió Ros de Olano la carrera de las armas, señalándose en varias ocasiones por su pericia militar y alcanzando grados, títulos y

hombres, ya en la larga guerra civil que hubo después de la muerte de Fernando VII; ya en sublecciones, pronunciamientos y contrapronunciamientos, como el de Vicálvaro y el que arrojó dos años después del poder á Espartero; ya en la guerra de África, casi la única guerra internacional no desdichada que después de la guerra de la Independencia hemos tenido.

Así llegó Ros de Olano á Teniente General, grande de España y caballero gran cruz de varias órdenes.

Fué siempre lo que vulgarmente llaman muy excéntrico y no por afectación, sino por naturaleza.

Su instrucción era variada y no corta. Tuvo mucha lectura, decidida y constante afición á toda clase de estudios, clara inteligencia, *raro* ingenio en todos los sentidos de la palabra *raro* y singular aptitud para todo.

Muy estimado como hombre político, se distinguió en las Cortes como orador por la elegancia y corrección de sus discursos y por lo reposado y sentencioso que en ellos se mostraba. Por afición irresistible y no por oficio, fué poeta y novelista y aunque grande amigo y admirador de Espronceda, muy distinto de él, como de su carácter independiente podía y debía esperarse.

Sus versos, según se verá en los que en esta obra insertamos, casi siempre se recomiendan por la enérgica y sencilla claridad con que expresan los sentimientos y las ideas y la viva impresión que produce en el alma el universo visible.

Se diría que Ros, al menos al escribir sus mejores versos, tuvo presente y siguió esta sentencia que se le atribuye: «la poesía es pensar alto, sentir hondo y hablar claro.»

Tal vez la rima y el metro valieron á Ros para brida y freno, con que acertó á contener el impetu fogoso, el escape y los saltos violentos de su Pegaso, el cual, cuando Ros iba en él como prosista, corría frenéticamente y solía llevarle al país de las Quimeras y á regiones tenebrosas y desconocidas. Entonces Ros, como dice Menéndez y Pelayo, era mistagógico. A veces podía aplicarse á algunos pasajes de sus obras lo que se cuenta de no recuerdo bien qué escritor alemán. Un amigo suyo le preguntaba: ¿qué quisiste decir aquí? Y él contestaba: cuando escribí eso, Dios y yo lo sabíamos, ahora sólo Dios lo sabe. Con lo dicho convienen aquellas palabras de don Pedro Antonio de Alarcón al hablar de ciertas obras de Ros: «Todavía, dice, no se sabe si el autor quiere ó no quiere que el lector las entienda. Lo que nosotros tenemos averiguado es que desprecia al que no las entiende y que se enoja con los que se dan por entendidos».

Conviene también con lo que asegura Alarcón el título de mistagogo que da á Ros Menéndez y Pelayo, porque si bien quiere Ros iniciar á quien le lee en algo de los misterios y levantar para él una punta del velo de Isis, de seguro no quiere ó no puede revelárselo todo y mostrar á Isis sin velo.

En lo misterioso de las obras en prosa, novelas

y cuentos de Ros, se nota cierta progresión ascendente, empezando por *El diablo las carga* y subiendo al grado superlativo en *El Doctor Lañuela*, historia archi-enigmática, cuyo sentido esotérico no intentaremos descifrar.

El P. Blanco García, lleno de enojo y mal humor con tamañas obscuridades, trata á Ros de Olano hartamente severamente.

Menéndez y Pelayo me parece justo. Como poeta elogia á Ros tanto como yo le alabo y lo que dice de él como prosista está, en mi sentir, tan puesto en razón que yo lo acepto por mío y casi lo copio aquí, si bien con algún escrúpulo de conciencia de que se hallen escatimado el elogio y exagerada la censura.

La prosa de Ros es «prosa *sui generis*, retorcida y tenebrosa, llena por igual de arcaísmos y de neologismos, medio germánica y medio picaresca, extraña fusión de Juan Pablo Richter, Hoffmann y Quevedo». De aquí que Menéndez preconice á Ros, por «precursor notorio de los enigmáticos escritores, que ahora arman tanto ruido en Francia, con nombre de decadentistas y simbolistas».

Don Julián Romea más célebre como actor que como poeta, aunque como poeta no es menos digno de serlo, nació en Aldea de San Juan, provincia de Murcia, el día 16 de Febrero de 1813, y murió en Madrid el día 10

de Agosto de 1868. Hijo de una distinguida familia aragonesa, venida muy á menos en bienes de fortuna, se dedicó á la declamación desde su primera mocedad, así por afición irresistible como para hallar modo decoroso de vivir desahogadamente, sin ser graboso á su padre y auxiliando y amparando á sus hermanos que no fueron pocos. Uno de ellos, Florencio, fué actor como él. Otro, Eduardo, siguió la carrera diplomática y llegó á Ministro Plenipotenciario. Su hermana, Joaquina, casó con D. Luis González Bravo y fué en su florida mocedad ornato de la sociedad madrileña por su gracia, hermosura y talento. Otra hermana suya casada con el célebre personaje político D. Cándido Nocedal, tuvo una vida muy retirada y modesta.

No me incumbe tratar aquí de los progresos y triunfos que D. Julián obtuvo en la escena, eclipsando la fama de su maestro D. Carlos Latorre é introduciendo en el arte de la declamación española cierta naturalidad discreta y hábil de que carecía y con la que él lograba conmover al auditorio y expresar las más vehementes pasiones, sin gritos, sin descompasados ademanes y sin tonillo ó fastidiosa melopeya.

Romea, que había recibido una educación esmerada y cuyo gusto literario era muy bueno, se hizo poeta lírico, inspirado por su profundo sentimiento religioso, por su ferviente patriotismo y más aún por el amor de una mujer á quien dedica sus más apasionados versos. Los dedicados á Zaragoza que insertamos en esta obra, son

no menos elegantes que sentidos; pero donde el poeta muestra más vigor de inspiración es, sin duda, en las composiciones amorosas á Elvira. Todo buen poeta lírico es íntimo y subjetivo, y Romea lo es en extremo, cuando canta sus amores. El crítico siente cierto prurito de hablar de tales amores que tan lindos versos inspiran, pero todavía no es prudente ni lícito hablar de ellos, por el poco tiempo transcurrido desde que pasaron. Sólo indicaremos aquí que, si hubo en dichos amores algo de pecaminoso, en los versos que de los amores nacen, aparece un conflicto que de los amores nacen, aparece un conflicto punto menos que irresoluble entre la moral y la estética.

La moda romántica y el espíritu religioso de Romea, que le mueven á buscar en lo sobrenatural cristiano comparaciones é imágenes para encarecer y ponderar los hechizos, la ternura y la belleza de su enamorada, así como el deleite sublime que todo ello le causa, tienen un no sé qué de sacrilego, que difícilmente puede perdonarse, sin que nuestra conciencia quede escrupulosa.

Como quiera que ello sea, nadie negará que los versos de D. Julián están llenos de pasión, son primorosos y atildadísimos, y aunque pequeños por lo que dejo dicho, es menester conservarlos, divulgarlos y celebrarlos, como decían antiguos censores eclesiásticos, *propter elegantiam sermonis*.

Yo confieso, además, que soy, y no puedo menos de ser, muy indulgente en este punto. Gran

pecador en él cuando mozo, no quiero que se me acuse de ver la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio. Llenos están de impiedades semejantes ó mayores, pongamos por caso, mis versos á Gláfira. En justo castigo de tamaña perversidad, no extraño yo, ni me quejo de que casi nadie los lea, ni menos los celebre; mas no por eso quiero que los versos de Romea sean castigados del mismo modo.

Don Aureliano Fernández Guerra y Orbe nació en Granada el día 16 de Junio de 1816. Murió en Madrid el día 7 de Septiembre de 1894.

Don José, padre de D. Aureliano, hábil y asiduo cultivador de las letras patrias, alcanzó merecida fama escribiendo una historia crítica de nuestro teatro, y arreglando para la escena moderna varias comedias antiguas.

Con menos resonancia que Gallardo, Gayangos y Estébanez Calderón, por haber pasado casi toda su vida en una ciudad de provincia, D. José contribuyó como ellos á conservar encendido el fuego de la inspiración castiza y el gusto poético de la España de los siglos XVI y XVII, resistiendo la avenida de nuevas ideas, modas y preceptos que sucesivamente iban llegando de Francia.

Don José transmitió á sus hijos D. Aureliano y D. Luis, su amor á la poesía, su laboriosidad erudita y su afición á lo castizo.